

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

EN PREMIO DE LA VIRTUD

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL OLMEDA Y ANTONIO ROMERO



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1898

EN PREMIO DE LA VIRTUD

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de los HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EN PREMIO DE LA VIRTUD

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. MIGUEL OLMEDA Y D. ANTONIO ROMERO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO MODERNO en
la noche del 2 de Octubre de 1898



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1898

Al Sr. D. Domingo Pallol

*tienen el honor de dedicar esta obra en testimonio
de cariñosa consideración*

Los Autores

2 de Octubre de 1898.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

PILAR.....	Srta. Ordóñez (Amalia).
RAMONA.....	Sra. Gómez (Concha).
DON JUAN.....	Sr. Valero.
ANTONIO.....	Calleja (Felipe).
ENRIQUE.....	Quevedo (Alfredo).
MARTÍNEZ.....	Mora (José).
MANUEL.....	Saavedra (José).
UN NOTARIO.....	San Juan (Gonzalo).
UN ESCRIBIENTE.....	Mendizábal (Pedro).
UN AGENTE de la autoridad.....	Castro (Rafael).
OTRO.....	Mendivil (Santos).



La acción en Madrid.—Época actual

ACTO PRIMERO

Interior de una bohardilla.—Puertas laterales y al fondo.—A la derecha una mesilla de zapatero remendón con los útiles propios del oficio.—A la izquierda de esta mesa un sillón viejo.—Entre las puertas laterales de la izquierda, un baúl usado ó arca antigua.—Tres ó cuatro sillas viejas distribuidas convenientemente.—Una mesa pequeña de pino junto á la puerta del fondo, y sobre ella un quinqué apagado y un vaso de cristal.—Sobre una de las sillas un canasto con objetos de costura.—Indicaciones para el actor.

ESCENA PRIMERA

RAMONA, muy abatida y sentada en el sillón, y ENRIQUE, sentado también junto á la mesa del trabajo, ocupado en dar las últimas puntadas en una bota, que dejará al empezar el diálogo

ENR. No hay duda de que los desgraciados abundan más cada día en este miserable Madrid. (Breve pausa.) Aquí tienes unas botas, que si las arreglo es por hacer una obra de caridad más bien que por cobrar el mezquino importe del trabajo. Pero... ¡qué demonio! los pobres tenemos la sagrada obligación de ayudarnos mutuamente.

RAM. ¡Qué bueno eres, Enrique! ¡Si supieras el bien que me causan tus palabras cuando te oigo hablar así!

ENR. ¿Y qué quieres que haga?

RAM. Lo que haces, Enrique; pero no consiste todo en tener un corazón de oro como el tuyo cuando se carece hasta de lo más nece-

sario. ¿De qué te sirve abrigar tan nobles sentimientos, siendo nosotros las personas más desgraciadas de la tierra?

ENR. No digas eso, Ramona. Nosotros tenemos una joya que no todos poseen. Un tesoro inapreciable que pueden envidiar los más ricos y felices

RAM. Sin duda te refieres á Pilar.

ENR. Es claro; á ella, á nuestra querida hija, á ese ángel con que Dios ha querido hacernos más llevadera la pesada carga de una existencia miserable. Por esa bendita criatura sería capaz de todo, hasta de... (Se oye cantar dentro á Pilar con media voz.)

RAM. Ya sube.

ENR. (Dirigiéndose á la puerta del foro y escuchando un instante la voz de Pilar, que se oye más cerca.) Sí, ella es.

ESCENA II

DICHOS y PILAR, que aparece por el foro cargada con un cántaro

PILAR Ya estoy de vuelta.

ENR. ¡Siempre tan contental

PILAR Contenta, no, resignada. «Cuando el español canta...» ¿Quieren ustedes agua fresca?

RAM. No, hija mía.

ENR. Lo que yo quiero es que te sientes á nuestro lado. (Suelta el cántaro Pilar.)

RAM. Dice bien tu padre. No traigas hoy más agua.

PILAR ¿Y por qué?

ENR. Porque padecemos horriblemente viendo que tienes que subir dos y tres veces al día más de noventa escalones con ese cántaro lleno.

PILAR ¿Y eso qué importa?

RAM. (¡Pobre hija!)

ENR. (¡Qué trabajadora es!)

PILAR Harto siento no haber podido aprender un oficio, para ganar lo que usted no puede,

padre, por sus muchos años, ni mi madre por su cruel enfermedad.

RAM. ¡Qué sentimientos, Enrique!

ENR. Hermosísimos, como lo son sus ojos. Si no fuera por ella...

PILAR Vamos, no exageren ustedes; yo no hago más que lo que debo hacer.

RAM. (Conmovida.) Ven, hija mía, ven; voy á premiar esas nobles palabras, ya que no con otra cosa, con un beso.

PILAR (Con zalamería, y acercándose lentamente á Ramona.) ¿Nada más que uno?

RAM. Y con mil que quieras. (Se abrazan y besan.)

ENR. Eso es, y para mí no hay nada.

PILAR Para usted otros tantos. (Se abrazan y besan.)

¡Qué dicha mayor para una hija que la de besar á un padre á quien adora!

ENR. ¡Hija de mi corazón! Ahora siéntate y descansa, mujer.

PILAR Ya sabe que obedezco la menor de sus indicaciones; pero ahora lo haré con una condición, y usted perdone; la de coserle la blusa, ya que esta mañana no pude hacerlo.

ENR. No, no quiero que trabajes tanto; pero... si te empeñas, cóselo. Esta picarueta ha de hacer siempre su gusto.

PILAR (Muy cariñosamente.) Como debe de ser.

RAM. Más vale que lo dejes para otra ocasión: ahora siéntate y hablemos.

ENR. Tiene razón tu madre; luego la coserás.

PILAR Pero si no estoy tan fatigada como ustedes creen. (Va por el cesto de la costura, y cogiendo una silla y aproximándola á su madre, se sienta y empieza á coser la blusa, que recogera del espaldar del sillón de Ramona.) Ea, ya estoy sentada.

ENR. Te has empeñado en enfermar y...

PILAR Si trabajo es porque tengo fuerzas para ello, y porque si no subiera diariamente dos ó tres cántaros de agua, ¿con qué iba á lavar la ropa y atender á otras necesidades de la casa? ¿Con qué iba á limpiar los miserables platos en que comemos?

ENR. ¡Comer! Gracias á los buenos corazones podemos pronunciar esa palabra.

- RAM. ¡Dios se lo premie al bueno de don Juan!
- PILAR (Irónicamente.) ¡Don Juan! ¡Si supieran ustedes que el mayor pesar que me aflige es el de tener que llevarme á la boca el pan que viene de manos de ese señor!
- RAM. Pilar, por Dios, no hables así: cualquiera que te oyese podría suponer que eras una desagradecida.
- PILAR (Con viveza.) Eso nunca; yo soy agradecida como el que más, porque ustedes me han enseñado á serlo; pero agradezco el bien cuando el que lo practica no tiene otro propósito que apoyar al débil y enjugar las lágrimas del desvalido. Esto no solamente lo agradezco, lo admiro...
- ENR. ¿Luego no crees en la caridad de don Juan?
- PILAR No, señor; y Dios y él me perdonen si me equivoco. (Ramona y Enrique se miran con asombro.)
- ENR. No te comprendo; yo solo veo en este señor un alma generosa que socorre al desgraciado, como lo hacen otros hombres ricos que se compadecen del que carece de medios de subsistencia. Lo que don Juan realiza es una obra meritoria para la humanidad, y para Dios mismo.
- PILAR Me explicaré. Ustedes no ignoran que en esta casa habitan familias tanto ó más desgraciadas que nosotros, porque usted, padre, trabaja algo, y ellas no lo pueden hacer y viven en una miseria espantosa, y yo reflexiono y me pregunto: si los demás están en situación más miserable que la nuestra y él lo sabe, ¿por qué atiende tan solamente á nuestras necesidades y deja en triste abandono las de los otros?
- RAM. ¡Qué inocencia!
- ENR. ¿Por ventura crees tú que va á remediar don Juan todas las desdichas á un tiempo?
- PILAR No lo creo; pero... temo que esta protección que nos dispensa pueda obedecer á un fin particular.
- ENR. (Sobresaltado.) (¿Qué dice?)
- RAM. (Alarmada.) ¿Acaso has observado?...
- PILAR He observado lo bastante en ese caballero

para creer que su caridad no es desinteresada.

ENR. Preciso es que hables con más claridad, ó que, si como supongo, estás equivocada, no vuelvas á decir esas tonterías.

PILAR ¿Conque tonterías, eh?

RAM. Por tales tengo tus sospechas, hija mía. Don Juan no merece que se le ofenda con suposiciones tan maliciosas.

ENR. ¡No faltaba más!

PILAR Sea lo que ustedes quieran, y Dios haga que no se vean confirmadas las sospechas que me ha inspirado el proceder inexplicable de don Juan.

ESCENA III

DICHOS y DON JUAN elegantemente vestido, apareciendo por la puerta del foro.

JUAN (Desde la puerta.) ¿Se puede?

PILAR (Con marcado disgusto.) ¡El!

ENR. Adelante, don Juan; usted no tiene necesidad de pedir permiso para entrar en esta humilde casa.

JUAN (Entrando.) Gracias, Enrique. (Acercándose á Ramona.) ¿Y la enferma, como sigue?

RAM. Como siempre, señor; muy mal.

ENR. ¿Pero no toma usted asiento? (Le ofrece una silla, que coloca á la izquierda de Ramona.)

JUAN Aunque no puedo disponer de mucho tiempo les haré compañía un rato. (Se sienta.) Buenas tardes, Pilar. (Con tono muy cariñoso.)

PILAR (Con sequedad.) Buenas tardes. Perdóneme que no le haya saludado antes.

JUAN No me ha extrañado; ¡estás siempre tan distraída!

PILAR Es natural. Las ocupaciones de la casa. Ahora estaba zurciendo á mi padre esta blusa, que aunque mala no debe continuar rota, teniendo su dueño una hija para que se la componga.

JUAN Muy bien dicho. Toda buena hija tiene el

deber de ayudar á sus padres, y (Con mucha intención) hasta sacrificarse por ellos si es preciso.

PILAR (Ya te entiendo.)

JUAN. (A Ramona.) ¿Pero usted no siente algún alivio?

RAM. Ninguno, don Juan: cada día que pasa me hallo más debil y con más calentura.

JUAN Sin duda es usted demasiado aprensiva; ya verá, ya verá cuando yo le mande mi médico, que es una eminencia, como desecha esos temores que juzgo infundados. (Mirando atentamente á Pilar, que baja los ojos.) Esta noche volveré para saber cómo sigue, y mañana vendrá mi doctor.

ENR. Por Dios, como pagar á usted...

RAM. Gracias, don Juan; pero mi enfermedad es incurable. Ha consumido cuanto ha podido ganar con grandes fatigas mi pobre marido y lo mucho que usted nos ha dado y que nunca le agradeceremos bastante, y todo inútilmente. Los médicos me han leído ya la sentencia de muerte. Y después de esto, ¿qué vale la vida si no es otra cosa que un prolongado martirio? Nada. Dichoso el día en que Dios se apiade de mí y ponga término á mis amarguras y á la que por mí sufren los seres queridos que me rodean.

PILAR Por Dios, madre, no diga usted eso.

ENR. Cualquiera diría que estabas en los últimos momentos.

JUAN Vamos, señora; el buen cristiano debe esperar con resignación la muerte; pero nunca desearla.

RAM. Así lo hago. Por eso, sin duda, Dios, que todo lo puede, prolonga mi existencia para que pueda ver realizados mis únicos deseos: que se case mi hija Pilar, y así que su porvenir esté asegurado, entregaré tranquilamente mi alma al Todopoderoso, si me otorga tanta felicidad.

JUAN ¿Pero... se casa Pilar?

ENR. Sí, señor; precisamente, hoy hemos recibido carta de su novio Antonio, en la que nos

participa que le han concedido los dueños del establecimiento en que está, el mes de licencia que solicitó con objeto de dedicarse libremente á los preparativos del matrimonio. Es un joven muy trabajador y muy honrado, y que esperamos haga la felicidad de Pilar.

JUAN Celebraré que así sea. (Con ira reconcentrada.) (Pero no será. ¡Imposible! ¡Estoy ciego por ella y sería capaz...)

ENR. Opina usted como nosotros, ¿no es así?

RAM. ¿Qué le parece, don Juan?

JUAN Pues... ya lo he dicho... bien, muy bien y por ello os felicito, y sobre todo á Pilar.

PILAR Agradezco con toda el alma esa felicitación.

JUAN (Yo evitaré que ese matrimonio se realice. Prepararé hoy mismo un golpe decisivo, enérgico... y veremos.) ¿Y cuándo se casan ustedes?

RAM. No se ha fijado aún el día; pero como Antonio no tiene más que un mes de licencia, será lo más pronto posible.

JUAN (¡Más pronto realizaré yo mis planes!) Tendré sumo gusto en asistir á la boda de Pilar, si soy uno de los invitados.

ENR. ¡No faltaba más! Contamos desde este momento con que nos honrará usted.

JUAN Seguramente.

RAM. ¿Podía usted creer que éramos tan ingratos que lo olvidáramos en esa ocasión?

JUAN Nada de eso, Ramona. Sé que me tienen ustedes en la memoria, y aun la misma Pilar (Intencionadamente.) no me olvidará.

PILAR Yo... no... no lo olvido.

JUAN (Levantándose.) Conque... voy á ver si hallo al médico.

RAM. Por mí no se moleste, señor.

JUAN Tengo, además, que hacer otras cosas. (Esta muchacha se prepara para oponerme una resistencia heroica, y yo estoy dispuesto á todo. Rapidez y audacia.) (Mirando el reloj.)

ENR. ¿Fanta prisa tiene usted hoy?

JUAN Mucha; es tarde, y... Pilar, ¿me quieres dar una poca de agua antes de marcharme?

- PILAR Sí, señor; en seguida. (Se dirige Pilar á la mesa del foro, y cogiendo un vaso grande, le llena con el agua del cántaro.)
- JUAN ¡Ah!... Por si tiene la enferma alguna necesidad antes de que yo vuelva, dejo á usted esto. (Saca de uno de los bolsillos del chaleco dos piezas de cinco pesetas y las deposita sobre la mesilla del trabajo.)
- RAM. — ¡Bendito sea!
- ENR. ¡Cuánto bien nos hace! Si no fuera por él, no sé qué sería de nosotros.
- JUAN Eso no vale nada. (Le presenta el vaso Pilar.) Mucha agua es esa para mí. (Hablan en voz baja y sin fijarse en don Juan ni en Pilar los padres de ésta.)
- PILAR Beba la que quiera.
- JUAN (Hace que bebe. A Pilar.) Lo que quiero es hablarte sin testigos de un asunto que te interesa mucho.
- PILAR ¿A mí, y sin testigos? ¿Y por qué no ahora?
- JUAN (A Pilar.) Ahora no puede ser; más tarde; cállate, que puedes comprometerme. Vaya, hasta otro rato.
- ENR. ¿Quiere usted que le acompañe?
- JUAN No es necesario. Adiós.
- RAM. Que él lo bendiga. (Acompaña Enrique á don Juan hasta la puerta del foro, y permanece en ella todo el tiempo que dure lo que dice Pilar.)
- PILAR (¡Que me tiene que hablar sin testigos!... Me lo temía. Voy á decirlo á mis padres... Pero no, aun nada me ha dicho, y me previene de que podría comprometerlo, y sin duda le daría un disgusto á mi pobre madre, cuyo estado es delicadísimo. Esperaré.)

ESCENA IV

DICHOS y MARTÍNEZ por el foro

- MART. (Con aire de satisfacción.) Buenas tardes, familia.
- PILAR Muy buenas, señor Martínez.
- ENR. ¡Hola, Joaquín! ¿Qué dices de bueno?
- MART. Lo de siempre, chico.

- RAM. Milagro en usted.
- MART. Ya conocen mi carácter, y saben que á mí lo mismo me da por lo que va que por lo que viene, y el que cree darme un disgusto, se lo lleva, y... gordo. (Se sienta al lado izquierdo de Ramona.)
- ENR. Lo creo.
- MART. (A Ramona.) Y usted, ¿cuándo va á llegar el día que se atreva á ir de merienda á las Ventas?
- RAM. ¡Siempre de tan buen humor!
- MART. ¿Qué quieren ustedes que haga? Cada uno es como Dios lo ha hecho.
- ENR. No estoy conforme contigo.
- MART. Porque no te da la gana. ¿Quién te manda tomar las cosas tan á pecho?
- ENR. Parece mentira que hables así, conociendo lo mismo que nosotros la situación en que nos encontramos.
- MART. Esa es la madre del cordero. Si no os preocuparais tanto de vuestra situación, seriais menos desgraciados de lo que sois. Y si no, vamos á ver: ¿no sabes ya lo que son enfermedades? ¿Es que desconocen ustedes lo que es pasar hambre? ¿Os falta resignación para sufrir los golpes de la fortuna?
- RAM. Bien habla usted, Joaquín. Seguramente no ha padecido una enfermedad como la mía.
- ENR. Ni la terrible escasez en que nos vemos. (Empieza a obscurecer.)
- PILAR ¿Le parece á usted poco?
- MART. No, ya sé que es bastante; pero me parece demasiado cuando se aumentan esos males con la falta de valor para sufrirlos.
- ENR. Ya lo creo; si todos pensáramos como tú, seríamos relativamente felices. (Oscurece más.)
- MART. ¿De modo que yo soy feliz?
- ENR. Cualquiera que te oiga lo creerá.
- RAM. Ya es de noche... enciende el quinqué, Pilar. (Lo hace esta.)
- MART. Pues... te diré; respecto á mi hijo tienes razón. El me dá todos los gustos que quiero, y prueba de ello es que no hago otra cosa que comer, beber y pasearme.

- PILAR (Ocupada en encender el quinqué.) Para eso es su hijo.
- RAM. ¿Qué más puede desear?
- MART. Como desear respecto á él, nada; pero, en cambio, tengo una nuera que es peor para mí que la sombra del guao. Con decirles que el otro día le dijo á mi hijo: «—Mira, Vicente, tu padre debía marcharse una temporadita al pueblo con su hermana, y de ese modo no sería para nosotros la carga tan pesada.» (Se sienta Pilar á la izquierda de Martínez.)
- ENR. ¿Es de veras?
- MART. Como lo oyes.
- PILAR ¡Vaya una hija!
- RAM. Y si Vicente hubiera hecho caso...
- MART. Me hubiera ido. ¿A mí qué más me da? La cuestión es vivir. Después de todo me hacían un favor.
- ENR. ¿Por qué?
- MART. Pues muy sencillo: porque mientras iba y venía viajaba de momio.
- RAM. ¡Vaya una salida!
- ENR. ¿Y tu hijo qué contestó á eso?
- MART. ¿Qué había de contestar? Lo de siempre: que él era el amo de su casa, y lo dijo con un tonillo que si la mujer insiste me parece que (Haciendo ademán de pegar.) *cobra* sin descuento.
- RAM. Bien hecho: el hijo que es bueno no debe, por ningún concepto, abandonar á sus padres.
- MART. Abandonarme, nunca, y la prueba es lo que ha hecho hoy.
- ENR. ¿Qué ha hecho?
- MART. Hemos sabido por una carta que mi hija Rosario ha dado á luz un niño.
- RAM. ¿Otro nieto?
- MART. Otro. Al saberlo le dije que tendría mucho gusto en sacarle de pila, y le faltó tiempo para decirme que sí y darme dinero para el viaje.
- ENR. ¿Según eso vas al pueblo?
- MART. Esta misma noche.

- PILAR. ¿Y qué nombre le van ustedes á poner al chico?
- MART. Eso ya lo veremos; pero ahora que caigo, ¿qué noticias me dais de Antonio?
- PILAR. Hoy nos ha escrito diciéndonos que ha perdido permiso en el establecimiento, y vendrá dentro de unos días.
- MART. Pero... ¿á casarse?
- RAM. Eso dice.
- MART. Vamos, me alegro de que así sea por no ver á esta (Por Pilar.) tan tristonaa.
- PILAR. Ya sabe usted que mi carácter es así.
- MART. Lo sé; pero de algunos días á esta parte, lo estás más que de costumbre. (A Enrique y á Ramona.) ¿No es verdad?
- RAM. No es extraño, queriéndome tanto, y viendo que cada día estoy peor.
- MART. Bueno, bueno; déjese usted de aprensiones, y á ver si cuando vuelva la encuentro completamente buena.
- RAM. ¡Dios lo haga! Que no lo hará.
- ENR. ¿Qué prisa tienes?
- PILAR. ¿A dónde va usted ahora?
- MART. A cenar, que á las diez y media sale el que no espera.
- ENR. ¿Y cuántos días vas á estar en el pueblo?
- MART. No lo sé; pocos.
- ENR. Te lo digo, porque queremos que estés aquí para el día de la boda.
- RAM. Martínez, haga usted lo posible por venir.
- MART. Ya lo creo; primero se queda el chiquillo moro.
- PILAR. (Sonriendo.) ¡Qué ocurrencia!
- MART. Conque, lo dicho: que no haya novedad.
- ENR. Que lleves buen viaje.
- MART. Adiós, Ramona.
- RAM. Adiós, Martínez.
- PILAR. Que no se le olvide, ¿eh?...
- MART. Calla, feota; qué se me había de olvidar... (Vase por el foro.)

ESCENA V

DICHOS, menos MARTINEZ

- ENR. Ahí tienes al hombre más dichoso del mundo; para él no hay penas.
- RAM. ¡Y cuánto nos quiere!
- ENR. Es un buen amigo.
- PILAR. Cuando ustedes quieran, pondré la mesa.
- ENR. Yo no tengo ganas de cenar, hija mía. Ahora, lo que voy á hacer es descansar un rato, para que luego lo hagas tú. Después tomaré un bocado.
- RAM. Por mí no lo hagas, Enrique. Esta noche me encuentro algo mejor y quiero ver si puedo conciliar el sueño.
- ENR. En ese caso, vamos; levántate y apóyate en mí. Me quedaré á tu lado hasta que te entregues al reposo.
- RAM. (Levantándose.) Dios me dé fuerzas. (Se apoya en un brazo de Enrique.)
- PILAR. ¿Pero no toma usted antes un poco de caldo?
- RAM. Ahora, no; luego, más tarde. Cena tú lo que haya. (Vase por la izquierda lentamente, y apoyada en Enrique.)

ESCENA VI

PILAR; después DON JUAN

- PILAR ¡Pobres padres! ¡Ignoran que estoy amenazada por un peligro que no vieron y que yo presentía!... ¡Si supieran que don Juan me ha pedido una entrevista sin testigos!... (Pausa.) ¿Qué tendrá que decirme? ¿Qué intentará?
- JUAN (Desde la puerta.) ¡Pilar!
- PILAR ¡Dios mío!
- JUAN ¿Estás sola? (Se adelanta.)
- PILAR (Valor y serenidad.) Ya lo véis. Mi madre

está descansando y mi padre vela su sueño. Si quiere usted le llamaré.

-JUAN De ningún modo; esta visita es sólo para tí.

PILAR ¿Para mí?... No comprendo...

-JUAN Flaca eres de memoria. ¿Has olvidado lo que te dije hace un rato?

PILAR Tanto como olvidarlo, no señor; pero creí que no le corría tanta prisa

-JUAN Lo que se puede hacer hoy no se debe dejar para mañana, y mucho menos cuando se trata de tu porvenir y de la tranquilidad de tus padres.

PILAR ¿Tiene relación con Antonio lo que me va usted á decir?

-JUAN Sí, con ese hombre á quien, según parece, quieres tanto.

PILAR ¡Oh, sí mucho! ¿A qué negarlo? El ha sido mi primero y único amor, y él será mi esposo.

-JUAN ¿Luego estás decidida? ¿Tanto le amas?

PILAR Con toda mi alma. Antonio es honrado y me quiere tanto como yo á él.

-JUAN Sí, muy honrado; pero... muy pobre y no podrá labrar tu felicidad.

PILAR ¿Cree usted que yo la esperaba del dinero? ¿Acaso lo es todo?

-JUAN Todo absolutamente, no; pero sí una gran parte, la mayor para conseguirla. No seas inocente, Pilar, y desecha esas vanas ilusiones que una triste realidad puede destruir en plazo breve. A una muchacha tan bonita como tú lo eres, no le faltarán hombres de elevada posición que le brinden con riquezas y comodidades, en prueba de su cariño. Gracias, don Juan, por sus frases de elogio. Una joven de mi clase no puede, no debe aspirar á otra posición que á la que le ofrezca con su amor y su trabajo un hombre de las condiciones de Antonio.

-JUAN ¿Y si alguno—que sin duda te amará más que ese Antonio—te ofreciese su fortuna y librarle con ella de la miseria y salvar seguramente la vida de tu querida madre, no le escucharías, sin perjuicio de que después te casaras con Antonio?

- PILAR (¡Qué horror!) Don Juan, para contestar á sus palabras necesitaría ofenderle, y yo no debo dirigir ofensas al protector de esta desgraciada familia.
- JUAN No importa; me ofendas ó no, habla.
- PILAR Pues bien; ¿me promete usted contestar claramente á mis preguntas?
- JUAN Lo prometo.
- PILAR ¿Es usted ese hombre que se halla dispuesto á entregarme su fortuna?
- JUAN Yo soy, Pilar; yo que estoy locamente apasionado hor ti.
- PILAR ¿Luego esa caridad que mis padres creían sincera, como inspirada por sus infortunios, era un pretexto para llegar hasta mí y realizar sus propósitos?
- JUAN ¡Nunca! Esa caridad era y lo es real y desinteresada.
- PILAR Don Juan, la mentira es un pecado repugnante, pero lo es más cuando el que miente tiene la cabeza cubierta de canas.
- JUAN ¡Pilar!
- PILAR ¡Ah! no me había engañado con sus actos de falsa generosidad; sus ojos, la intención de sus palabras vendían á usted en más de una ocasión; sí, ellos, por los que se escapa su alma ansiosa, me hicieron comprender que el lobo hambriento, disfrazado con la piel del tímido cordero, acechaba el momento oportuno para apoderarse de la presa codiciada.
- JUAN Pilar, repara en que me estás hiriendo gravemente.
- PILAR Pero es claro; usted diría: esta pobre familia carece de lo más necesario; yo los auxiliaré, y la hija, la desgraciada muchacha, me pagara los favores con su honra, y se dedicó á continuar la empresa, que juzgan fácil los que como usted tienen dinero y creen que las mujeres pobres carecen de dignidad y son una mercancía que se adjudica al mejor postor.
- JUAN (¡Así, indignada, me parece más encantadora!)

PILAR

Y se equivoca usted, don Juan. Los pobres dignos tienen una ventaja sobre los ricos como usted: que desprecian el dinero si no es honradamente adquirido, y lo arrojan á la cara del miserable explotador cuando este es tan atrevido y cínico que pretende comprar el honor, que está por encima de todas las riquezas.

JUAN

Razón tenías al decir que ibas á ofenderme. Pero no importa; todo esto y más te perdonaría si te apiadaras de mí, Pilar. Sin tu amor no puedo vivir. Ten en cuenta que á mis años son las pasiones amorosas tan violentas que trastornan la razón y arrastran al amante á los más peligrosos extremos. Compadéceme.

PILAR

Para compadeceros y acceder á vuestras súplicas, tendría que sacrificar la dicha de otro hombre al que quiero con todo mi corazón y que tiene un perfecto derecho á exigirme que cumpla mi juramento. Sin duda, si hoy os compadeciera, no podría yo, por indigna, ser compadecida mañana.

JUAN

Considera, Pilar, que de tí depende la felicidad de tus padres, la vida de esa pobre mujer, ya casi en la agonía..

PILAR

(Llorando.) ¡Pobre madre!

JUAN

Mira, Pilar; yo poseo una hermosa casa de campo á muy pocas leguas de Madrid. Si tú quisieras podríamos convertirla en nido de nuestros amores. Huye conmigo á esa solitaria posesión que no visitan mis amigos, que todos ignoran que es mía. (Durante estas palabras de don Juan permanecerá Pilar con la cara oculta entre las manos y llorando silenciosamente.) Dejaremos dinero en abundancia para que tus padres no carezcan de nada y se pueda atender á la curación de la enferma. Si quieres protegeré indirectamente á Antonio. ¡Miserable!... ¿esto más? ¿Pero qué concepto ha formado usted de mí, de ese hombre honrado con el cual voy á unirme? ¿Cree usted que por un puñado de oro venderían mis padres la honra inmaculada de su hija?

PILAR

- JUAN No, no son tan ruines como usted. ¡Maldita, mil veces maldita la hora en que pisó los umbrales de esta casa, maldita la primera moneda que recibimos de sus manos! (¡Ah, imposible! ¡No puedo más! ¡Bien hice en preparar el golpe que al fin no tengo más remedio que dar!)
- PILAR Salga usted de aquí lo antes posible si no quiere que llame á mis padres, á los vecinos...
- JUAN Me voy; pero oye antes. Tú ignoras lo que ocurre. Contra tu anciano padre se ha formulado una terrible denuncia que puede comprometer su libertad.
- PILAR ¿Contra mi padre?
- JUAN Sí, y yo puedo librarle de las garras de la justicia. De ti depende...
- PILAR ¡Mentira! Fuera de aquí, canalla,
- JUAN Calla... (Sea, y veremos quién vence á quién.)
(Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA VIII

PILAR y ENRIQUE

- PILAR Las últimas palabras de ese infame han llenado mi alma de inquietudes. Esa denuncia, Dios mío, esa denuncia...
- ENR. (Por la puerta por donde se fué.) ¿Pilar, hija... estás ahí?
- PILAR Sí, padre... ¿no me ve usted? Está usted muy agitado... ¿qué ocurre? (¿Si habrá oído algo?)
- ENR. He tenido una pesadilla horrible; ven, dame un abrazo y con tus caricias se disipará la impresión que me ha causado.
- PILAR (Una pesadilla... ¿Si será por lo que dice don Juan?) (Se abrazan.)
- ENR. ¡Hija mía! Vamos, ya estoy más tranquilo.
- PILAR ¿Pero no me dice usted lo que ha soñado?
- ENR. Nada, no quiero afligirte...
- PILAR (¡Ay, Dios, ¿qué será?) (En este momento aparecen en la puerta del foro los agentes de la autoridad. el primero con gabán ó levita, sombrero de copa y bastón con borlas, y el segundo con hongo y bastón.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, los AGENTES de la autoridad y RAMONA

- AGENTE (Desde la puerta.) ¿Enrique Crespo?
ENR. Servidor.
PILAR (¿Qué veo? Es la autoridad.)
AGENTE En nombre de la ley, dése usted preso.
(Adelantando seguido por el otro.)
PILAR ¿Mi padre preso? No puede ser; mi padre no ha cometido ningún delito. ¿Verdad, padre mío?
ENR. ¿Yo .. á la cárcel? (Con asombro.) ¿De qué se me acusa?
AGENTE Lo ignoro.
OTRO Nosotros obedecemos órdenes superiores.
PILAR (¡Virgen Santísima; si mi madre despierta!)
ENR. ¿De modo que voy preso sin saber por qué?
RAM. (Por la misma puerta por la que salió Enrique.) Qué es lo que oído? ¡Enrique, Pilar!
ENR. ¡Esposa mía!
PILAR ¡Madre!
RAM. ¿'Tú preso?
ENR. Sí, Ramona; pero no te asustes. Debe de ser una equivocación; voy inocente y pronto volveré á tu lado.
RAM. (Cayendo pesadamente sobre el sillón.) La miseria... la espantosa miseria... llegó mi última hora... me siento mo... rir ..
ENR. ¡Esposa! (Abrazándola.)
PILAR ¡Madre de mi alma! (Abrazándola.)
RAM. ¡Jesús! (Espira, doblando la cabeza.)
PILAR ¡Gran Dios!
AGENTE La justicia espera.
ENR. Aquí estoy.
OTRO Vamos.
ENR. ¡No hay salvación! (Besa en la frente á Ramona.)
AGENTE En marcha.
PILAR ¡Padre!
ENR. Cúmplase la ley. Vamos.

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

PILAR, vestida con traje negro, y DON JUAN; la primera dormitando en el sillón, y el segundo contemplándola, desde la puerta, un brevísimo instante. Los muebles estarán distribuidos en forma distinta de la que tenían en el primer acto

JUAN (Acercándose lentamente.) Dios te guarde, Pilar... (Viendo que está dormida.) ¡Está dormida! (Breve pausa.) Mejor. Así me será más fácil realizar mi intento; un ardid que puede darme un buen resultado. (Mira con recelo á derecha á izquierda.) ¡Ah... es el sitio más apropiado! (Dirígese á una silla de la derecha, en cuyo espaldar habrá colgado un delantal é introduce, rápidamente, en uno de sus bolsillos, que se verá desde el público, una carta, cuidando de dejar fuera parte de ella.) Ya está. (Pausa) Esto no tiene más que un inconveniente; el de que vea la carta Pilar antes que Antonio, su visitante asiduo; pero si este la halla, mi victoria es segura. (Contempla un breve instante á Pilar y vase por el foro sigilosamente.) Por encima de tu virtud y de tu voluntad, está un imperioso deseo que no puedo resistir. ¡Juré hacerte mía por todos los medios y lo serás!

ESCENA II

PILAR sola, despertando y conmovida

¡Madre! ¡Madre mía! (Breve pausa.) No puedo acostumbrarme á la idea de su eterna ausencia. (Breve pausa.) No hay en el mundo pesar mayor que llamar á una madre en supremos momentos de angustia y no poder oír su voz siempre cariñosa. ¡Oh, Dios mío! ¿En qué puedo haberte ofendido para que así me castigues? Si soy culpable ilumina mi razón para que conozca mis culpas; si no lo soy apíadate de mí, descubriendo al infame autor de mis desventuras. ¡Señor, te lo ruego por el último suspiro de mi adorada madre! (Breve pausa.) ¡Ah, si la mártir levantara la cabeza y me viera en tan triste abandono, moriría de pesadumbre como yo moriré por ella, vencida por el dolor también! Sí, moriré. Pero mi muerte me proporcionará la última y la mayor satisfacción: la de volver á su lado. Y así, dando rienda suelta á mis amarguras, me olvido algunas veces de mi padre. ¡De mi padre! ¿Qué habrá sido de él? ¿A dónde le habrán conducido? Porque en la cárcel no está ni han producido efecto cuantas gestiones se han hecho para encontrarlo. Habló don Juan de una terrible denuncia; pero después nada dice. Acaso con la más pérfida de las intenciones oculta un secreto del que depende mi tranquilidad. ¡Y yo no puedo resistir más esta angustiosa incertidumbre. (Breve pausa.) ¡Ah; si don Juan lo supiera y lo callara para vencer mi tenaz oposición á sus pretensiones; si fuera tan vil que se gozara con mi tormento...! Pero no, es imposible. Lo lógico es que para darme una prueba de su ciega pasión, haga cuanto esté de su parte por averiguar el paradero de mi padre. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué horrible lucha!

ESCENA III

DICHA y ANTONIO por el foro y con marcadas muestras de cansancio y desesperación

ANT. Todo ha sido inútil hasta ahora. No parece, Pilar, no parece. (Pilar llora.) Ni en el Gobierno civil ni en el Juzgado saben una palabra de la desaparición de tu padre.

PILAR Pero...

ANT. Se limitan á decir que harán las necesarias diligencias para hallarlo; pero que conviene que hagamos una denuncia en toda regla; que ellos no tienen noticias; que nosotros debemos manifestar nuestras sospechas, y... como no las tenemos... yo al menos... Parece que se lo ha tragado la tierra.

PILAR ¿Luego no hay ya esperanzas?

ANT. Eso es lo último que debe de perderse. Dios es justo y nos dará fuerzas para seguir luchando hasta dar con el infeliz que, sin duda, sufrirá en estos instantes mayores ansias que las nuestras. Animo, querida Pilar. Te digo ahora lo mismo que te dije al saber la desgracia que te afligía: tu padre no está preso por ningún procedimiento legal. Es objeto de alguna infame trama. Tal vez tenga enemigos. Quizás...

PILAR ¿Qué?... Mi padre es un hombre honrado.

ANT. Nunca lo puse en duda.

PILAR (¿Qué pesadilla sería aquella de la que me habló momentos antes de ser detenido?) (Breve pausa.) Pero si mi padre es bueno, si no hizo nunca mal á nadie, ¿quién ha podido causarle tanto daño?

ANT. Tú eres muy joven, Pilar, y no conoces el mundo. En tu virginal corazón no penetraron jamás los sentimientos del odio, de la venganza, y no es extraño que rechaces ciertas sospechas.

PILAR (Dejándose caer en el sillón.) ¿Qué desgraciada.

soy! ¡Sola, abandonada!... ¡Si no fuera por ti, Antonio, no sé lo que sería de mí (solleza.)

ANT. Vamos, resignación y firmeza. La fatalidad nos persigue y hay que combatirla con la misma rudeza que emplea en sus ataques. ¿Crees acaso que no sufro tanto como tú?... Sí, Pilar; yo quiero á tu padre tanto como al mío, y como quería á tu inolvidable madre. (Sigue sollozando Pilar.) A ti más que á mi vida. ¿No he de padecer horriblemente al ver que el llanto abrasa tus hermosos ojos? ¿Qué bueno eres, Antonio!

PILAR

ANT. (Con arrebató de pasión.) Pero yo te juro, por la santa memoria de mi madre, que he de encontrarle, y si es víctima, como supongo, de un infame complot, ¡ay de los que te han hecho derramar esas preciosas lágrimas!

PILAR

¡Dios te oiga! Pero si así sucediese, te pido por él que tú no te comprometas y no aumentes mis pesares. Si hay culpables, que la justicia divina se encargue de su castigo. Inmensa sería mi dicha al poderte abrazar después de estar mi padre en libertad, pero aún mayor mi duelo si te perdiera. ¿Has olvidado que te quiero con toda mi alma? ¿Que eres mi único consuelo?

ANT.

No, vida mía; pero considera que la detención arbitraria de tu padre ha originado todos los males que sufrimos, retrasando he feliz momento de nuestra unión. Es más, el serlo sido la causa de que en ocasiones dude de tu cariño...

PILAR

¿Dudar? ¿Y por qué?

ANT.

No sé; pero si es cierto que me quieres, ¿por qué estando necesitada y siendo yo tu único sostén rechazas los auxilios que te ofrezco y que no son otra cosa que un anticipo desinteresado?

PILAR

¿Y dudas de mi cariño porque con una dignidad natural en quien se encuentra en mi caso no he aceptado tus ofrecimientos de dinero? No, Antonio, no dudas de mí. Te quiero como siempre te quise, más aún.

- ANT. ¡Entonces, ¿por qué no admites los pobres recursos que te quiero facilitar?
- PILAR No los admito, no por vano orgullo. ¿No comprendes que cediendo á tus instancias dejaría de ser la que siempre fui y seré para tí?
- ANT. (Reflexionando.) Dices bien. Cometí una grave falta no reconociendo en tí un espíritu superior.
- PILAR Falta, no; tu proceder es noble y no lo olvidaré nunca.
- ANT. Sea lo que sea; pero esto no puede continuar así.
- PILAR ¿Y qué quieres que hagamos? ¿Dedicarnos á pensar en nuestro amor, y olvidar á mi padre?
- ANT. ¡Eso, nunca; lo primero es él! Mas ¿qué va á ser de tí hasta que llegue el feliz día en que le encontremos?
- PILAR Dios no falta nunca á las almas resignadas. Y prueba de esto es que hoy mismo me ha llamado mi tía, acaso con la intención de ayudarme en cuanto le sea posible.
- ANT. Si así es (y lo veo difícil) Dios se lo premiará y yo lo agradeceré eternamente.
- PILAR No lo dudes; mi tía me profesa un verdadero cariño.
- ANT. Si al cariño pudiera unir los medios; pero cuando no se tiene más que un mezquino jornal, y ese el día que se gana, pocos milagros puede realizar el cariño...
- PILAR De todos modos, yo debo acudir á su llamamiento. ¿Quiéres acompañarme?
- ANT. Ya lo creo; anda, arréglate un poco y vamos.
- PILAR Voy bien así.
- ANT. No, mujer; es preciso que pongas en orden esos cabellos, descuidados en muchas noches de insomnio; que te abrigues algo, porque estás delicada, y, en fin, que aparezcas tranquila y bien portada ante los ojos de aquellas personas que no conocen las causas de tu dolor ni pueden fijarse en otra cosa que en la esterilidad. Así es el mundo.

PILAR
ANT.
PILAR

Ya sabes que no tengo gusto para nada.
No importa, anda.
Si lo quieres, me arreglaré lo mejor posible.
Vuelvo en seguida. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

ANTONIO, solo

¡Pobrecilla! ¡Si ella supiera cuanto es mi dolor al verla sostener heroica lucha con la desgracia, empuñando todas sus ropas y empuñando hasta lo último que le dejaran sus padres! ¡Tiene una voluntad tan firme como su cariño! (Breve pausa.) Es imposible que siga luchando así. Si yo pudiera dejarla algún dinero... del modo más delicado... (Pausa. Luego, como asaltado por una idea y fijándose en el delantal.) Sí, en ninguna parte mejor que en ese delantal. (Se dirige donde está dicha prenda, y al dejar dinero en un bolsillo de la misma, ve con extrañeza la carta.) ¡Un papel! Alguna carta mía: como si lo viera. (Sacándola del sobre.) ¿Qué le diría en ella? (Desplegándola.) ¡Esta carta no es mía! ¿De quién podrá ser? Aunque me tachen de curioso... voy á leerla. (Leyendo.) «Mi querida Pilar: no he creído prudente enviarte esta carta por el correo... (Pausa, en que demuestra asombro) por si Antonio se hallase presente cuando la recibieras, y mucho menos ir yo, pues si me viera en tu casa todo quedaría descubierto.» ¿De quién será? Por supuesto, ¿á qué pensar? Leeré la firma y saldré de dudas. (Busca la firma. Lee.) «*Emilio*.» (Pausa breve.) La firma de un hombre que teme que lo vean, «porque... todo sería descubierto...» (Busca en la carta el sitio en que iba leyendo.) Cierto, eso dice. (Pausa.) ¿Qué será lo que puede descubrirse? (Violentemente.) Yo necesito saberlo. ¡Ah, tiene que disipar todas mis dudas! Pero, no; ¿qué necesidad tengo de que ella me dé ex-

plicaciones, teniendo en mi mano esta carta? ¡La leeré toda, sí, toda, hasta el fin! (sigue leyendo) «Andrea, mujer de toda nuestra confianza, es la encargada de entregártela. A ella puedes confiar todo lo que tengas que decirme respecto al particular. Por su mediación podremos ponernos de acuerdo en todo cuanto nos convenga hacer para seguir la farsa que estamos representando.» ¡Una farsa y en ella media un hombre! ¡Si no descifro este enigma en lo que me resta por leer, voy á perder la razón! (Leyendo.) «Tu padre me encarga que no pierdas tiempo, puesto que á todos nos interesa te cases cuanto antes; cosa que no vemos difícil, si continúas desempeñando el papel de víctima para con el desgraciado Antonio...» ¿Conque desgraciado? ¿Será posible? ¡Oh, si fuese cierto lo que dice esta carta, si me engañara, si Pilar me hubiera repartido el papel más ridículo en esa comedia!... Pero yo os seguiré la pista y lo averiguaré todo. Sí, esto es horrible. Yo me vuelvo loco. Ahora comprendo, ¡infame! por qué me ha dicho más de una vez que una mujer no puede vivir sola, sin aceptar mi proyecto de una boda inmediata. ¡Claro, ella lo que ha querido es ganar tiempo! Ya se lo dice su padre: y ese Emilio... ese hombre que se ha interpuesto en mi camino para hacerme el hombre más desgraciado de la tierra. (Hace ademán de romper la carta.) ¿Pero qué iba yo á hacer? Nunca; debo guardarla para poder decirle: «al que asesina ó roba siempre se le olvida algo por lo que puede ser descubierto y probarse su crimen. Vosotros, si bien nada se os olvidó, porque todo lo teniais bien dispuesto, escribisteis una carta y la tengo en mi poder. Con ella podré destruir vuestros planes y .. castigaros.» (Breve pausa, durante la cual mira la carta.) ¡Evidente, evidentel ¡Yo os juro que impunemente no os burlaréis de mí!

ESCENA V

ANTONIO y PILAR

- PILAR (saliendo.) Cuando quieras. ¿He tardado mucho? Pero, ¿que es lo que te pasa? Estás pálido ¿Te sientes mal?
- ANT. (Con sequedad y sin mirarla.) No.
- PILAR Cualquiera diría al verte...
- ANT. Estoy bien. Lo digo yo, y... basta. (Breve pausa.)
- PILAR ¿Estás enfadado conmigo, acaso porque te he hecho esperar? (Acercándose á él cariñosamente.)
- ANT. No; retírate... y contesta sin rodeos á lo que voy á preguntarte.
- PILAR Que me retire y te conteste... No te comprendo.
- ANT. Dime, ¿quién ha estado aquí hoy?
- PILAR Pero, ¿á qué viene todo esto?
- ANT. Contesta á lo que te pregunto, ó, de lo contrario, no sé lo que sucederá.
- PILAR Ya te he dicho que me han traído un recado de mi tía, y... nada más.
- ANT. ¿Nadie más te ha visitado?
- PILAR Pero, ¿te has vuelto loco? ¿Quién iba á venir á esta casa?
- ANT. (Cogiéndole una mano con violencia.) No mientas, Pilar, no mientas. Sé lo suficiente para creer que me has engañado.
- PILAR ¿Y qué sabes para lanzarme esa acusación y tratarme así?
- ANT. Sé... (Con acento de ira.) que eres una infame. Sé que tienes relaciones con otro hombre.
- PILAR (Con arrebató y dignidad.) Esa es una vil calumnia, y así como maldigo á su autor, desprecio á todo aquel que se atreva á darle crédito. (Saca el pañuelo y se cubre con él el rostro, sollozando.)
- ANT. Te avergüenzas y ocultas el rostro. ¡Es natural que no quieras que vea el rubor que colora tus mejillas! Conducta propia de la

mujer que falta á la fe jurada. (Pausa, durante la cual solloza Pilar) ¿Es así como pagas mi inmenso amor? ¿Merecía yo por mi profunda sinceridad, por mi lealtad á toda prueba, por la idolatría con que te amaba, que me hicieras juguete de una abominable farsa y de una burla tan sangrienta?

PILAR

ANT.

¡Antonio, por piedad!
No, si has hecho bien. Yo merecía que á mi nobleza respondieras con semejante perfidia. Te quería demasiado; tanto, que cegué por tu amor, y no pude ver la maldad de que eras capaz. Pero hoy, gracias á tu imprevisión, cae la venda que me cegaba, y descubro tu ingratitud y tu ruin comportamiento. (Solloza más fuertemente Pilar.) ¡Oh! ¡Vierte amargo y copioso llanto, traidora, que ni aun con torrentes de lágrimas podrás borrar tus culpas! No lograrás con él moverme á compasión. En vano es que supliques y te arrastres con ansia de perdón. No lo hay, no lo puede haber para ti.

PILAR

¡Basta, basta, Dios mío! No puedo sufrir tal cúmulo de ofensas. ¿Has perdido el juicio? ¿Quién puede dudar de mi honra, más pura que la luz del día?

ANT.

¿Y aún tienes valor para seguir mintiendo? ¿Crees que voy á seguir siendo tu juguete por más tiempo? No; tú, á la que yo creía inmaculada; tú, el único objeto de mi adoración... me has engañado y sufrirás el castigo, duro, terrible, implacable. ¡Me has arrojado sin piedad y con burla á las plantas de un hombre tan infame como tú!

PILAR

No puedo más. (Con un arrebató de suprema dignidad.) No consiento que se me ultraje tan sañudamente por faltas que no he cometido. Entre nosotros no puede haber ya... nada. (Con rabia.)

ANT.

¡Necio alarde de dignidad! (Cogiéndola con ira reconcentrada por una mano.) Dime, hipócrita, ¿de quién es esta carta para que yo pueda cortar la mano que la escribió? (Mostrándole la carta.)

- PILAR (Fijándose rápidamente en ella.) No sé. Esa carta no es mía ni yo la he recibido. ¡Oh, madre mía; es una infamia que no tiene perdón!
- ANT. ¿Que no es tuya y la he hallado en un bolsillo de tu delantal? ¿Qué es lo que pretendes, dí? ¿Negarlo todo?
- PILAR Mientes. ¿Cuál es tu intención?
- ANT. (Colérico.) Más tarde lo sabrás. ¡Y tiembla! Si adquiero la convicción de tu falsedad, te juro que no volverás á ver tu padre. (Hace ademán de salir y Pilar lo detiene.)
- PILAR No, no quiero que te marches sin saber antes lo que dice esa carta.
- ANT. Aparta, y cese la burla. Ya sabes lo que dice. (Vase rápidamente por el foro.)

ESCENA VI

PILAR sola.

(Después de una breve pausa y con gran amargura.) ¡Y se va sin oír mi última súplica! ¡Haciéndome objeto de un desprecio que yo no merezco! (Reflexionando.) ¿Qué dirá esa carta? ¿Quién será su autor? Yo no sostengo correspondencia con nadie. ¿Quién puede haberla traído? (Breve pausa.) ¿Acaso esa mujer que me dió noticias de mi tía? No, imposible; yo no me separé de ella en el tiempo que permaneció aquí. Y además, ¿qué interés puede tener en indisponerme con Antonio? (Reflexionando.) ¡Ah!... ¿será acaso don Juan que para obligarme á que aêceda á sus pretensiones ha inventado este ardid? Si así fuese, yo le probaría que las mujeres dignas y de firme espíritu saben también vengar ciertos agravios.

ESCENA VII

DICHA y DON JUAN

- PILAR (viéndole entrar por el foro.) ¡Otra vez aquí!
- JUAN Comprendo que soy acaso algo inoportuno; pero no debe molestarte mi presencia, porque vengo á formularte una proposición que no creo rechazarás.
- PILAR Don Juan, creo haberle dicho más de una vez que no puedo decorosamente oír ninguna proposición suya.
- JUAN ¿Continúas así? En ese caso... adiós... (Haciendo ademán de retirarse.) pero sabe que era de la libertad de tu padre de lo que te iba á hablar.
- PILAR (Con gran interés.) ¿De mi padre? ¿Dice usted que á él se refería?...
- JUAN Sí, Pilar; yo puedo devolverte á ese pobre anciano; quiero decir, que poseo medios suficientes para buscarlo por todas partes y lograr hallarlo.
- PILAR ¿Sabe usted acaso donde está?
- JUAN Tanto como eso no; pero cuento con mucho dinero y mucha influencia para saberlo.
- PILAR ¿Y qué es lo que usted me pide á cambio de ese servicio?
- JUAN Que me lo agradezcas ..
- PILAR ¡Con toda mi alma! (Cogiendo las manos de don Juan)
- JUAN Y... que me ames.
- PILAR ¡Eso nunca! (Se aparta de él bruscamente.)
- JUAN Te sorprenderá, no lo dudo, que me oigas hablar así, á mis años; pero con tu fino instinto comprenderás que ese hermoso sentimiento no es patrimonio exclusivo de la juventud. En ella es la pasión amorosa ráfaga luminosa que brilla un punto para trocarse en negra obscuridad. A la edad que yo cuento es fuego irresistible, avivado constantemente por los desdenes.
- PILAR Verdaderamente, no es la vuestra la más apropiado para comunicar ese fuego á un

corazón juvenil... Como sabéis no puede llegarse por el camino de la violencia al corazón de una mujer.

JUAN Así lo comprendo, y por lo mismo, te hago las necesarias reflexiones, para que...

ESCENA VIII

DICHOS y MARTÍNEZ por el foro

MART. (Familiarmente.) ¿Qué tal va por aquí? (Reparando en don Juan y con serenidad.) Servidor de usted, don Juan.

JUAN ¡Hola! (¡Maldito hombre!)

MART. (A Pilar.) ¿Y que hay, buena moza? Luego dirás que no soy esclavo de mi palabra. Te dije que venía á tu boda y aquí me tienes.

PILAR (Con amargura.) Gracias por su atención, señor Martínez; pero me parece que esa boda no se llevará ya á efecto.

JUAN (¡Ojalá!)

MART. (Con asombro.) ¿Pues qué, ha ocurrido alguna novedad? Pero ahora que reparo: ¿no están tus padres en casa?

PILAR (Con acento de aflicción.) Por desgracia no, señor. Desde el día que usted vino á despedirse, cayó sobre nosotros la maldición de Dios. Murió mi madre y me arrebataron á á mi padre.

MART. (Con mayor asombro.) Te estoy oyendo y me parece un sueño lo que me dices.

PILAR Desgraciadamente no lo es.

MART. La muerte de tu buena madre no me sorprende. La esperábamos todos; pero lo que ha sucedido con tu padre es inexplicable, hija mía.

JUAN (¡Si con la vista pudiera arrojar de aquí á este importuno.)

PILAR A todos nos ocurre lo mismo. Lo único que puedo decirle es que en la noche en que usted se fué, se presentaron aquí dos agentes de la autoridad, que luego hemos sabido que no eran tales agentes, y se lo llevaron detenido, falleciendo mi madre como herida

por un rayo, por consecuencia de tan brusca y dolorosa impresión.

MART. ¿Y no sospechas de ningún enemigo ni habéis hecho las pesquisas necesarias...?

PILAR ¿Y de qué sirve todo eso cuando se carece de pruebas?

MART. Sí; pero siempre habrá algún dato que sirva de fundamento para ..

JUAN (Nosé por qué me inspira temor este hombre.)
PILAR Ninguno hasta ahora. Aquí existe sin duda un criminal que todo lo ha dispuesto hábilmente para descargar sobre nosotros golpe tan rudo; pero yo no puedo sospechar de nadie, como tampoco acepto la idea de que mi honrado padre fuera merecedor de castigo alguno. ¡Y no es esto solo, señor Martínez! Me han hecho víctima de una odiosa trama, y han puesto en manos de Antonio una carta, que fué á parar no sé cómo á un bolsillo de mi delantal, en la que se me presenta á los ojos del hombre que yo quería con toda mi alma con la apariencia de una traidora, de una mujer indigna de toda consideración. (solloza) Han hecho, en fin, que él, que tan ciegamente me amaba, dude hasta de mi honor.

JUAN (Con alegría) ¡Cogió la carta! ¡Ah! ¡Ahora veremos si continuas haciendo una resistencia inútil!

MART. ¿Y Antonio, queriéndote tanto, se ha dejado llevar por la primera impresión, y sin otras pruebas ha dado crédito á esa carta? ¡Eso es imposible!

PILAR No, señor Martínez; no solamente lo ha creído, sino que ha llegado á proferir graves amenazas y se ha ido sin oír mis ruegos. (Llora.)

MART. Vamos, muchacha, no te apures. (La abraza.) Yo te prometo que Antonio volverá á esta casa; es más, te garantizo que me ayudará á buscar á tu padre, y ya sabes que yo tengo la cabeza muy dura y que como me proponga una cosa...

PILAR (sintiéndose consolada.) Con razón decía él que era usted muy bueno.

- MART. Yo no soy bueno, ni quiero serlo. Los buenos son los que se mueren y yo no estoy por eso. Aquí de lo que se trata es de descubrir á esos bandidos que en vez de andar sueltos por las calles de Madrid, deberían estar en Sierra Morena.
- JUAN (Como este necio insista en echar mis planes por tierra...)
- MART. Y á propósito...
- JUAN (Lo quito también de enmedio.)
- MART. Aquí don Juan nos puede servir de mucho, si quiere molestarse un poco, poniendo en juego su influencia.
- JUAN (Con alguna turbación.) Sí, ya... he hecho algo... tanto que espero obtener un resultado satisfactorio.
- MART. Si así fuera, mucho tendríamos todos que agradecerle, y principalmente Pilar.
- PILAR Yo le doy á don Juan las gracias por sus buenas intenciones, pero le ruego no se moleste.
- MART. (¿Qué sucederá entre ambos para que Pilar rechace la oferta?)
- JUAN Como quieras, mujer; mas te advierto que, pensando así, pudieras tener la culpa de que tu padre no fuese hallado.
- MART. (¿Conque la culpa... eh?)
- PILAR ¿Acaso soy yo la autora de su prisión?
- JUAN No; pero...
- MART. (Como asaltado por una idea.) (Sí, es el mejor medio para saber si es cierto lo que sospecho.)
- PILAR ¡Cuándo cesarán mis sufrimientos!
- MART. (A Pilar.) Vaya, si no mandas otra cosa, me voy. (A don Juan.) Lo mismo digo, don Juan.
- JUAN (¡Ya era hora de que te fueras!)
- PILAR ¿Tanta prisa tiene usted?
- MART. Sí, tengo cita con unos amigos y no me gusta llegar de los últimos.
- JUAN Dice usted bien; el hombre debe ser esclavo de su palabra.
- MART. (Ya te entiendo, viejo zorro.) (Se dirige á la puerta del foro.)
- PILAR ¿Va usted á volver mañana?
- MART. Acaso antes. Veremos. (Vase por el foro, pero se queda en la puerta asomando parte de la cabeza para oír la escena siguiente, según indica el diálogo.)

ESCENA IX

PILAR, DON JUAN y MARTINEZ

- JUAN (Después de una breve pausa.) Ya estamos solos otra vez. Ahora espero tu última resolución.
- PILAR ¿Mi resolución? Ya se la he manifestado á usted más de una vez. Es inquebrantable.
- JUAN Creo que no aprecias lo que te propongo, porque no conoces el valor de mis palabras.
- PILAR Basta, don Juan; ni por nada ni por nadie accederé á sus odiosas pretensiones.
- JUAN Pues basta de súplicas, y ahora que nadie nos oye y que no puede haber un solo testigo que ponga en duda ante los tribunales la respetabilidad mía, te voy á decir la verdad, para que sepas de lo que soy capaz por tu amor; para que supongas lo que aún podré hacer y comprendas que por esta pasión que me subyuga me lo voy á jugar todo, vida y honra. Tu padre está en mi poder, en sitio seguro, y la carta que tan hondo abismo acaba de abrir entre ti y tu prometido Antonio, es obra mía.
- MART. (¡Ah, viejo infame! ¡Bien hice en quedarme para oír tus palabras!)
- PILAR ¡Qué horror! ¡No podía concebir tanta maldad!
- JUAN Ahora decide. (Pilar permanece un breve instante con el rostro oculto entre las manos.) Yo he de poder más que tú. Soy fuerte, tengo numerosos amigos, mucho dinero, y tú no tienes nada... Una belleza que la miseria y los pesares marchitarán pronto, y una virtud puesta ya en duda por el hombre que en ella tenía fe ciega. Nada podrán contra mí tus denuncias. No irán acompañadas de pruebas. Un solo testigo podría comprometerme; pero, ¡ah, desgraciada!, no lo hay.
- MART. (Ya lo verás.)
- PILAR ¡Qué perversidad! Ya nada que hagáis me extraña.

- JUAN Sin duda has olvidado que pasó aquel tiempo en que, deseando hacerte dichosa á cambio de la felicidad con que tú me pudieras brindar, entraba en esta casa con la frente inclinada, el corazón queriendo escaparse de mi pecho y el bolsillo siempre abierto para vuestras conſtautes necesidades. Ninguna obligación tenía de ampararos, y debiste comprender que lo hacía con algún propósito, que no era solamente el de ser calificado de filántropo y alma generosa.
- PILAR Me causais repugnancia...
- MART. (Y á mí, y me voy. Ahora verás como se pagan tus buenas acciones.) (Vase Martínez.)
- JUAN No me importa ese lenguaje. Piensa en que de mi voluntad depende la existencia de tu padre, la vida del hombre á quien tanto amas, la tranquilidad de tus amigos que pretendan contrarrestar mis planes. ¡Ay de ellos si se atraviesan en mi camino!
- PILAR Podéis hacer lo que vuestras sombrías ideas os dicten; pero yo no flaquearé jamás. Y no olvidad que ese pobre anciano, secuestrado villanamente por el más infame de los hombres, tiene una hija que le vengará, aunque pierda la vida. Sí, perderé la vida por vengar á mi padre; pero la honra nunca, por nadie.
- JUAN Medita: la paz ó la guerra. Te doy un breve plazo para escoger.
- PILAR La guerra, la guerra siempre.
- JUAN Peligra la vida de ese anciano, de Antonio, acaso la tuya...
- PILAR Seríais capaz de asesinarme, no lo dudo.
- JUAN ¡Oh, quién sabe lo que yo podré hacer por ti! Por última vez...
- PILAR ¡Silencio! No quiero oír á usted más. O saíe de esta casa ó la abandono yo en seguida ..
- JUAN ¡Ah, fiera indomable! Me iré, pero volveré mañana y te haré mi última visita... ¿Lo oyes? La última.
- PILAR (Con un supremo esfuerzo de arrogante dignidad le señala la puerta del foro.) ¡A la calle! (Vase por el foro lentamente don Juan.)

ESCENA ÚLTIMA

PILAR, y á poco MARTÍNEZ

PILAR. ¡Jesús! ¡Qué monstruosidad! ¡Estoy perdida! ¡Pobre padre mio! ¿Y qué hacer? ¿A quién dirigirme? (Breve pausa.) ¿Será tan cruel que haga lo que dice? ¡La vida de mi padre! ¡Mi deshonor y el desprecio de Antonio! ¡Qué lucha más horrible! Pero no. ¡Dios mío, dadme fuerzas para salvarme! (Breve pausa.) ¿Y si ese pobre anciano muere mañana, estando en mi mano librarle de la muerte? ¡Oh, Virgen mía! Se nublan mis ojos... Parece que me golpean fuertemente la cabeza... ¡Ay!... (Se dirige al foro.)

MART. (Apareciendo por el foro y cogiendo en sus brazos á Pilar, que se siente algo desvanecida.) Pilar, no te asustes; todo lo he oído, y he tenido la paciencia de esperar que salga ese hombre feroz para venir en tu auxilio y decirte que si no le he estrangulado aquí mismo ha sido por salvar á tu padre y poner al secuestrador en manos de la justicia. Ya he dado un aviso. (Llora Pilar) ¿Pero no hablas?

PILAR. Ya lo ha oído usted. El ha sido el asesino de mi madre, el verdugo de mi padre, el hipócrita caritativo, el autor de la carta que ha hecho nacer el odio en el corazón de Antonio. El ha sido y es, en fin, el azote nuestro. ¡Yo voy á volverme loca! (Da muestras de desesperación.)

MART. Pilar, por Dios, tranquilízate. Confía en la Providencia divina y la voluntad de los buenos amigos que tienes.

PILAR. ¡Traidor! ¡Asesino!... ¡Jesús! (Se lleva la mano al corazón.) Aquí... aquí siento un mal horrible. No puedo más. (Se desmaya en brazos de Martínez.)

MART. ¡Pilar... hija mía!... Se ha desmayado. (Mirando hacia arriba.) ¡Oh, venganza, venganza!

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO



Sótano de una casa de campo. Muros de ladrillo. En último término de la izquierda, practicable para una escalera. Dos banquetas, una á la derecha y otra á la izquierda. En el fondo, derecha, un gergón y una manta. En el centro del fondo, un farol apagado, pendiente de la pared.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, solo, con barba eucanecida.

(Sentándose en la banqueta de la derecha.) ¡No puedo más! ¡Se agotan mis fuerzas! ¡Se aproxima el término de mi desventurada existencia! (Breve pausa.) ¿Pero qué vale ésta cuando para conservarla es preciso perder la honra?... Nada. Antes que verla manchada, antes que alguno pudiera empañarla con la más leve sospecha, estoy dispuesto á todo... á sucumbir así, como estoy, secuestrado, martirizado cruelmente. (Breve pausa.) ¡Ah, bien decía mi inolvidable Pilar, que aquel hombre caritativo encubría con sus generosos actos intenciones criminales! (Breve pausa.) ¡Pobre hija mía! ¡Cuán sagaz fué para penetrar en ellas! ¡Y cuán torpe y miserable yo para desoir sus advertencias y no evitar el mal que todos sufrimos en estos terribles momentos de amargura y desesperación! Si yo hubiera dado fe á sus francos temores; si mi pobre esposa no hubiera desoído tam-

bién sus prevenciones, no me vería ahora prisionero de un sér tan monstruoso, ni ellas víctimas, sin duda, de las más peligrosas acechanzas. (Breve pausa.) ¡Oh, Dios mío, qué horrible hipocresía! ¡Como había de imaginar que aquel hombre generoso, y libre por sus años de toda sospecha que pudiera poner en duda la rectitud de sus propósitos, había de llegar á mi hogar honrado con una trama tan infame... tan descabellada! ¡Imposible! ¡No concebía tanta maldad y fui víctima de un plan tan solamente digno del que oculta sus malvados pensamientos con el antifaz del filántropo! ¡Cuidadoso, solícito, acudía á nuestras necesidades; se interesaba por mi pobre Ramonal... ¡Pobre mujer mía! ¡Qué será de ella! ¡Enferma... sin mi apoyo!... ¡Si yo pudiera verlas! ¡Si pudiera enviarles con el pensamiento noticias mías para que vinieran presurosas á confundirse en estrecho abrazo con este desdichado! (Medita brevemente.) ¿Pero y Antonio, alma nobilísima, cuyo auxilio tanto necesitaba? ¿Habrá acudido á tiempo para prestarles su apoyo? ¡Su presencia en mi hogar es la única que puede suplir la mía! ¡El es bueno y ama apasionadamente á mi hija, y esto me basta. ¿Mas y si por un accidente imprevisto no acudió en tiempo oportuno para prestarles ayuda? (Breve pausa.) ¿Y si Pilar por salvar mi vida... lo pierde todo? (Transición repentina.) Eso... nunca. Confío en ella más que en mí. Pero mi razón se extravía... ¡Tantos negros pensamientos la obscurecen! (Se oye ruido de pasos. Levantándose.) ¿Eh?... ¡Otra vez el verdugo!...

ESCENA II

DICHO y MANUEL

MAN. (Descendiendo por la escalera.) No hay por qué asustarse: soy yo, y no el que usted creía.

ENR. ¡Ah!... ¿eres tú?

- MAN. El mismo.
- ENR. Más vale así.
- MAN. Y en verdad que vengo pesaroso, porque traigo una nueva comisión harto desagradable...
- ENR. ¿Bajas con siniestros propósitos? ¿Está ya decidida mi suerte?
- MAN. Eso... poco á poco... buen hombre. Yo no me encargo ni me encargaría jamás de realizar ciertos planes. Me juzgais mal.
- ENR. Lo quiero creer; ¿pero no tengo motivos para temer que el villaro que me ha robado la libertad me quite también la vida, lo único que me resta? ¿Y es aventurado suponer que el que se valió de tales artes pague á un criminal para que complete su obra?
- MAN. Antes perdería mi existencia que arrebatar la de un ser inofensivo. No me conoce usted, Enrique, ni sabe hasta qué término llegan los vínculos que me unen al autor de mis desgracias.
- ENR. ¿Entonces, qué comisión es esa que te trae y que tanto te apesadumbra?
- MAN. Sentaos y os lo diré: hora es ya de que os hable como mi turbada conciencia me aconseja. Esta mañana, cuando salió de aquí mi amo, después de hablar con usted, me dijo: «Baja al sótano y dile á ese hombre que estoy dispuesto á todo para obligarle á ceder; que no le darán alimento alguno hasta rendir sus fuerzas.»
- ENR. Sigue... hasta el fin. Lo creo..
- MAN. Y no es eso lo peor. Sin duda ha sospechado que yo no era con usted todo lo inhumano que él quería que fuese, y temiendo que le diera parte de mi comida me ha privado de todo, sometiéndome á un régimen incalificable.
- ENR. ¿Luego estás condenado á morir de hambre como yo?
- MAN. Tanto como eso, no; pero lo estoy á comer en su presencia y á no poder favorecerle en nada.

ENR. Yo te agradezco el interés que parece que te tomas ahora en mi favor, y en verdad que lo siento más por tí que por mí. Porque yo he perdido toda esperanza, aquí, sólo, abandonado, sin encontrar un eco que responda á mis amargas quejas.

MAN. No hay que desesperar, señor Enrique; todo tiene su término, Acaso cuando ese hombre cree que está vencida una tenaz resistencia, lo inesperado pueda echar por tierra todos sus planes.

ENR. (Con aire de duda.) Imposible.

MAN. Imposible no hay nada, y... se lo voy á probar. (Se levanta y se acerca á la escalera para escuchar. Vuelve misteriosamente y se sienta al lado de Enrique. Habla en voz baja.) Va usted á ser la única persona que conozca el secreto que me une á su secuestrador. (Larga pausa.) Hace ya algún tiempo, y siendo el encargado de una posesión suya, en la que vivía con mi hija María, encantadora joven de diecisiete años, un caballero, amigo íntimo de don Juan, y, á mi juicio, alentado por él, se propuso, con tenacidad irresistible, seducirla y deshonorarme. Negose mi hija á las pretensiones del seductor, pero llegó este á formularlas con tan graves amenazas, que se vió al fin, la víctima, en la necesidad de denunciármelas. Ciego de cólera me propuse castigarle, y lo logré... (Vuelve á la escalera para convenirse de que no le escuchan.) Una noche en que creyendo que yo había ido á desempeñar una comisión del amo, sorprendió el infame seductor á la muchacha con el propósito de robármela, y se la llevaba en sus brazos, porque ella había sufrido un repentino desmayo, me presenté tan oportunamente que pude evitar el rapto y hundir mi cuchillo de monte en el innoble pecho de aquel bandido.

ENR. ¿Le diste muerte?

MAN. Segura é instantánea. Y tan instantánea que nadie pudo apercibirse. Tuve el valor de coger en mis brazos á la desmayada criatu-

ra y conducir al muerto á la carretera, en donde le dejé, poniendo á su lado el cuchillo con que había vengado mi ultrajada honra.

ENR. ¿Pero no quedaron señales...?

MAN. Ninguna. Las borré todas. Nadie me acusó; nadie tuvo la más leve sospecha de mí. (Breve pausa.) A los pocos días don Juan, con esa perfidia que distingue su carácter, me llamó y reservadamente me dijo que tenía la convicción de que yo era el autor de aquella misteriosa muerte y que si no comunicaba sus temores al juez, era porque reconocía en cierto modo mi derecho á defender mi honor y porque esperaba que á cambio de su silencio le otorgaría yo sumisión incondicional; algo así como una esclavitud, cuyas cadenas quiero ya romper.

ENR. Y usted, claro, aceptaría... por el temor de...

MAN. Dejar á mi María huérfana de padre como ya lo estaba de madre. Posteriormente, y después de haberme hecho instrumento de no pocas indignas acciones, me encargó de esta hacienda y, estando en ella, me dió la comisión de aprisionar y custodiar á usted.

ENR. ¡Cuánta infamia!

MAN. El día en que trajeron á usted aquí me previno diciéndome: «Vamos á tener prisionero á un hombre peligroso, á un ladrón...»

ENR. ¿Yo un ladrón?

MAN. Tiene en lugar que él solo conoce—añadió—papeles que me comprometen y con los que se quiere desposeerme de bienes...

ENR. Mentira, Manuel, mentira.

MAN. Lo sé, dejadme concluir. Yo no puedo—siguió diciendo—entregarlo á los tribunales, porque daría á un cómplice esos papeles. Lo mejor es incomunicarlo y obligarle particularmente á que me los entregue.

ENR. ¡Qué intriga tan horrible!

MAN. Creí en un principio lo que decía; pero no tardé mucho en sospechar que se trataba de una nueva indignidad. Y hoy... hoy... lo he sabido todo y me arrepiento de mi complicidad y estoy dispuesto á que tengan tér-

mino sus desventuras y la intraquilidad de mi conciencia, aunque yo pierda mi libertad.

ENR. (Enternecido.) Grave es, querido Manuel, tu resolución y no quisiera que, por salvarme, te perdieras.

MAN. Murió mi adorada hija María (sollozando) y ya nada me importa. ¡Salvemos la de usted y Dios me perdonará!

ENR. ¡Oh, noble corazón! (Se abrazan.) ¿Luego sabes ya por qué estoy aquí?

MAN. Hoy, aprovechando la ausencia de ese... hombre, vino una persona á verme y sin decirme quién es; pero amenazándome con las terribles consecuencias que podrían tener para mí mis negativas, me habló del secuestro de usted, me pintó la situación de su hija y, más por impulso de mi corazón que por el temor, ofrecí solemnemente ayudarle.

ENR. ¿Es verdad? (Con júbilo.) ¿Puedo contar contigo?

MAN. Incondicionalmente... y sea lo que Dios quiera.

ENR. ¿Entonces me podrás hacer un favor?

MAN. Cuantos usted quiera.

ENR. Se trata, puesto que se hacen gestiones para rescatarme, y en tanto que éstas dan resultado, de que si esa persona ú otra vuelve á esta casa en ocasión en que no pueda ser vista, la bajes á este sótano y me sea posible abrazarla y tener noticias de mi pobre Pilar.

MAN. Se hará como deseais, pero es preciso proceder con gran cautela. Dejadme, que yo sé lo que debo hacer. Y me parece que se ha prolongado la visita demasiado. Pudieran sorprendernos, y conviene poner término á ella.

ENR. Es que ..

MAN. Silencio... Adiós.

ENR. Que él nos ayude.

ESCENA III

ENRIQUE

Pocos, muy pocos momentos han de transcurrir sin que mis ojos vean la luz... la de los ojos de mi Pilar. Me ha reanimado la franca confesión de ese desgraciado; tanto como yo lo soy. No sé por qué tengo ya en él una confianza ciega. Sus revelaciones han descornado el velo. Todo lo veo claro. Ahora tan solo falta que Dios me infunda nuevos alientos para conservar ante ese miserable la serenidad que necesito, si quiero ayudar con ella á la realización del plan de mis salvadores.

ESCENA IV

ENRIQUE y ANTONIO, que aparece en la escalera

- ANT. ¡Al fin os encuentro!
- ENR. (Con gran júbilo.) ¡Antonio, hijo mío! (Corre trabajosamente hacia él.)
- ANT. Señor Enrique, venga usted á mis brazos. (Desciende y se adelanta, abrazándole.)
- ENR. Gracias á Dios.
- ANT. No demos rienda suelta á nuestros sentimientos, de modo que nuestras manifestaciones nos puedan comprometer. Vengo á preveniros y daros fuerzas para luchar hasta el último momento.
- ENR. ¿Y mi adorada Pilar? ¿Y mi pobre Ramona? (Con gran emoción.)
- ANT. Ahora hablaremos de todo, aunque muy brevemente; pero serénese usted y hablemos en voz más baja. He tomado mis precauciones para no ser sorprendido por don Juan. Manuel, el encargado de custodiaros, y el leal amigo Martínez vigilan en el camino

- que conduce á esta casa, convenientemente separados, para avisarnos cuando se acerque.
- ENR. No lo puedo remediar, Antonio. Ha sido tal la alegría que ha experimentado mi corazón al estrecharte en mis brazos, que no sé cómo podré contenerme... porque tardas mucho, querido Antonio, en calmar mi curiosidad, y lo mismo enloquece la alegría que el dolor de una horrible incertidumbre.
- ANT. Si no sigue usted los consejos que le acabo de dar, me veré en la precisión de retirarme, para que no comprometa el éxito de nuestros proyectos.
- ENR. (Procurando serenarse y hablando en voz más baja.) Eso no, descuida, atenderé tus indicaciones. Pero tú no sales de aquí sin decirme lo que ha sido de mi Pilar y de mi Ramona. Sería cruel ocultármelo.
- ANT. Si por algo me he apresurado á veros, ha sido para traeros noticias de Pilar.
- ENR. ¿Y de Ramona?
- ANT. Sí, también... pero...
- ENR. ¿Pero qué? Habla pronto. ¿La has visto?
- ANT. Sí, señor... la he visto; pero ya hace muchos días... (¿Cómo decirle la verdad en estos momentos?)
- ENR. ¿Está más grave?
- ANT. Nada de eso: al contrario... está mejor... (Ocultémoslo hasta que se halle en libertad.)
- ENR. ¿No me engañas?
- ANT. (Turbado.) No. . no, señor.
- ENR. Tú no me dices la verdad. Estoy viendo en tí una turbación que me está descubriendo una desgracia... ¿Ha muerto mi pobre mujer? Dímelos.
- ANT. Ya he dicho á usted y... lo repito, que está mejor. Estamos perdiendo un tiempo precioso...
- ENR. No, Antonio, no lo perdemos hablando de mi Ramona. Así, pues, te ruego que no me ocultes nada.
- ANT. (Mirando recelosamente á la escalera.) (Nos va á comprometer.) No os oculto nada. Y si hubiera fallecido, no tendría nada de extraño.

Tantas y tan grandes desgracias han caído sobre nosotros, que es milagroso que hasta la pobre Pilar haya salvado la vida.

ENR. Es verdad, Antonio, y veo por tus palabras que estás enterado de todo. Ese hombre es nuestra maldición. ¿Por quién sino por él estoy encerrado en este sótano? ¿Quién si no él ha tenido la audacia de poner en peligro la honra de Pilar?

ANT. Todo eso es poco si se compara con lo que ha hecho y usted ignora.

ENR. (Con espanto.) ¿Qué dices?

ANT. Que ha hecho más que prueba el refinamiento de su maldad.

ENR. ¡Calla!... Acaso te comprenda, aunque al comprenderte sienta que se me desgarran el corazón. ¿Ha querido Pilar sacrificarse por la libertad mía? Si es así no me lo digas... pero no, es imposible. ¡Hija de mi alma!

ANT. Imposible, señor Enrique. Pilar no se rinde y es digna, por su heroísmo, de nuestro amor y de nuestra admiración.

ENR. (Con satisfacción.) ¡Bendita sea!

ANT. Pilar ha llorado y llora mucho (Solloza Enrique.) por usted desde el momento en que le secuestraron; pero ha sabido sufrir con resignación heroica los muchos dolores que atormentan su espíritu, resistiendo con increíble firmeza todas las acechanzas.

ENR. ¿Qué es entonces lo que ha sucedido?

ANT. (Sacando una carta, que le entrega.) Esta carta se lo dirá. (La lee rápidamente y con asombro Enrique.) Leyéndola apreciará usted de cuánto es capaz ese miserable.

ENR. ¡Qué horror! ¡Qué ardid más infame! ¿Y tú has podido creer que era cómplice de ser tan monstruoso?

ANT. Confieso, señor Enrique, que en el primer momento se apoderó de mí la duda.

ENR. ¡Infeliz Pilar!

ANT. Porque ¿quién que ama á una mujer tan apasionadamente como yo amo á su hija no experimenta al tener en sus manos una carta como, esa perturbación tan grande que le

haga perder la serenidad? Yo no tengo en el mundo otro amor que el muy profundo que Pilar me inspira, y al temer perderlo, perdí la razón y dudé. La más leve sospecha me hubiese arrebatado del mismo modo. Una infidelidad de Pilar habría acabado con mi existencia. Yo que me miraba en sus ojos, claro espejo de su hermosa alma; yo que anhelaba llegara el momento de llamarla mi esposa, y estaba dispuesto á perder mi vida por salvar la de su padre... al creerme burlado, la rechacé, no quise oír ni sus explicaciones, y me lancé á la calle ebrio por la cólera y el dolor...

ENR. ¡Pobre Antonio! También te ha tocado una parte de nuestras desventuras. ¿Y cómo pudiste averiguar que esta infame carta era obra de don Juan? (Devuelve la carta á Antonio y éste la guarda.)

ANT. Por su amigo el señor Martínez, que ha sido para todo nuestra providencia.

ENR. ¿De modo que si no es por el bueno de Joaquín?...

ANT. Si no es por él, que fué á visitar á Pilar en el momento en que se hallaba allí don Juan y pudo, fingiendo marcharse, oír lo que decía acerca de la carta y de la prisión de usted, acaso estaría yo aún bajo el peso de la duda y no tendría usted esperanzas de salvación. Pido á usted perdón por haber sospechado...

ENR. Estás perdonado. Tú eres tan inocente como ella.

ANT. Gracias, señor Enrique.

ENR. Lo que no me has dicho es cómo has podido indagar mi paradero.

ANT. Muy fácilmente. Después de saber quién era el secuestrador, nos pusimos de acuerdo Martínez y yo para seguir sus pasos, y al siguiente día de lo ocurrido lo seguimos hasta aquí, valiéndonos de un carruaje cuyo conductor es íntimo amigo de Martínez. Esperamos que regresara á Madrid, y cuando le vimos salir y estuvimos seguros de que se

había alejado, entramos en esta casa y le hablamos al alma á Manuel, el encargado, dándole á entender que habíamos tomado las necesarias medidas para no ser burlados por don Juan; que si él se prestaba á servirnos le eximiríamos de toda responsabilidad, declarando á su favor ante la justicia. No hallamos en Manuel la menor oposición; antes al contrario, nos dijo con la mayor sinceridad que estaba pesaroso de haber sido cómplice de su amo y que estaba á nuestras órdenes.

ENR. ¡Con razón me decía que confiara en él!
¡Dios se lo premie!

ANT. ¡Animo, pues! Martínez ha dado aviso á un notario y lo estamos esperando para que levante acta de lo que aquí ocurre, y no pueda el secuestrador imposibilitar con sus grandes influencias y su dinero, nuestras gestiones. También vendrán otras personas oportunamente, cuya presencia ha de colmaros de alegría.

ENR. Muy grande es la que me causa cuanto me has dicho; pero creo que debes retirarte ya: pudiera venir esa fiera, y...

ANT. Tiene usted razón.

ENR. Y en verdad que siento que te vayas; pero no es prudente que permanezcas aquí más tiempo.

ANT. Hasta luego, señor Enrique.

ENR. Que yo vea pronto á Pilar, si es que Ramona no puede venir por su enfermedad.

ESCENA V

DICHOS y MANUEL, que aparecerá precipitadamente. Esta escena se hará con gran rapidez.

MAN. Joven, joven, dese usted prisa.

ENR. ¿Qué ocurre, Manuel?

MAN. Lo peor de todo. Me acaban de avisar con la señal convenida que don Juan se acerca.

ANT. ¿Don Juan?

MAN. Vamos, no hay tiempo que perder.
ENR. Sí, márchate pronto, Antonio.
ANT. ¡Qué humillación para un hombre honrado, la de verse en la necesidad de huir de un ladrón como lo es ese!
ENR. Un abrazo, Antonio; (Se abrazan.) ¡Tal vez sea el último!
MAN. No piense usted en eso. Vamos.
ANT. Vamos. Adiós.
ENR. Adiós, hijo mío. (vanse precipitadamente Antonio y Manuel.)

ESCENA VI

ENRIQUE

Vendrá, sin duda, para hacerme otra visita y extremar sus amenazas. ¡Insensato! ¡Qué mal me conoce cuando supone que yo he de flaquear con ellas! No sabe que, si grande, si prodigiosa es la firmeza de Pilar, grande, inmensa ha de ser la de su padre, dispuesto al sacrificio por salvar su honor. ¡Pobre Antonio! ¡Cuánto habrá sufrido dudando de ella y creyéndome cómplice del miserable intrigante! ¡Qué diferencia entre el opulento señor y el pobre obrero! En el primero, en don Juan, todo es vileza, ruindad, hipocresía... en el segundo, en Antonio, todo es virtud, amor, sublime abnegación. (Se sienta y medita.)

ESCENA VII

DICHO y DON JUAN

JUAN ¿Está usted pensativo, Enrique?
ENR. Muy poco debe importarle que lo esté, siendo usted el único autor de mis desgracias.
JUAN Soberbia inexplicable, sabiendo que le tengo á usted en mi poder.

- ENR. No he sido nunca soberbio: no hago otra cosa que hablar á cada uno como se merece.
- JUAN Puede usted hablarme como quiera; pero le advierto que mi visita...
- ENR. Para nada la necesito.
- JUAN Lo sé; pero debo decirle cuál es mi última resolución.
- ENR. Supongo cuál sea: sitiarme por hambre.
- JUAN Esa es vuestra suerte si persistís en vuestras negativas.
- ENR. Ya he dicho más de una vez que no conseguiría nada.
- JUAN Poco cariño os debe inspirar Pilar.
- ENR. ¡Mentira! ¿Quién puede dudar de la adoración que tengo á mi hija?
- JUAN Todo el que sepa que por hacer alarde de una dignidad ridícula la dejáis morir de hambre y de dolor lejos de su padre.
- ENR. (No quiero ni pensarlo.) (Con ironía.) ¿Y á costa de qué podría yo mejorar su suerte?
- JUAN A costa de lo que otra persona en las condiciones de usted no vacilaría en consentir.
- ENR. Padece usted un grave error. Pobres hay muchos, la casi totalidad de los que lo son, que piensan del mismo modo que yo pienso. Nosotros, los miserables, los desheredados, no tenemos otro patrimonio que la honradez, que siempre conservamos, aunque para ello tengamos que sucumbir bajo el peso de las mayores desgracias.
- JUAN Es que vengo decidido á que firme usted la carta para su hija, de que le hablé.
- ENR. Si á cambio de esa firma me concede usted la vida, no la quiero, la desprecio. ¡Ah! No olvide que hay una Providencia y una justicia superior á la de los hombres, á cuyo fallo inapelable se someten todas las acciones humanas.
- JUAN ¿Y qué me importan esa Providencia y esa justicia?
- ENR. Es cierto. ¿Qué temor puede inspirarle lo más santo á un hombre que tiene un corazón tan corrompido? Ninguno. Pero no dejaréis de conocer que vuestras villanas acciones, si

fueran conocidas, os harían el ser más abyecto de la sociedad.

JUAN Basta; no permito que se me hable tan groseramente.

ENR. ¿Groseramente? Pues aun es poco para lo que se merece un miserable secuestrador, como lo es usted.

JUAN Si vuelve á pronunciar una palabra más que me ultraje, sufrirá usted inmediato y terrible castigo. (Acercándosele con ira y mostrándole una carta.) Firma ya esta carta, canalla.

ENR. ¿Y tendría usted valor para dar muerte á un anciano indefenso?

JUAN Lo tendría, sin duda alguna. Ya te he dicho que soy capaz de todo. Firma pronto.

ENR. ¿Para qué? ¿Para impulsar á mi hija á que acceda vergonzosamente á sus pretensiones, y al verse desgraciada y sin honor maldiga á su padre? Es inútil, no firmaré; ni aunque firmara obedecería ella órdenes tan indignas de mi autoridad.

JUAN ¿Luego te niegas en absoluto?

ENR. En absoluto.

JUAN Pagarás con la vida tu obstinación.

ENR. Prefiero la muerte á tanta vileza. Podeis asesinar me cuando queráis; pero tened en cuenta que, si derramais mi sangre, sereis siempre un miserable, un asesino, y yo considerado por todos como un esclavo de mi honor.

JUAN Enrique... que se nublan mis ojos y se acaba mi paciencia.

ENR. Del honor, sí. Por donde fuéreis sereis odiado y escarnecido, y como la verdad, tarde ó temprano, logra imponerse, sabrán lo que sois y habeis hecho propios y extraños, y al castigo de los tribunales acompañará la maldición de la sociedad, que os escupirá al rostro como á repugnante verdugo. Ahora espero tranquilo el sacrificio.

JUAN (Acercándose á Enrique y con rabia.) Me has insultado cruelmente.

ENR. Para probaros que no me arredran sus amenazas y me deis más pronto muerte.

JUAN ¿Tanto desprecias la vida?
ENR. Sí.
JUAN (Sacando un elegante puñal.) Pues bien, sea...

ESCENA VIII

DICHOS y PILAR, y á poco ANTONIO y MARTÍNEZ. En el momento de levantar el puñal don Juan para herir á Enrique aparece PILAR en la escalera

PILAR ¡Ah! (Grito de terror.) ¡Padre mío! (Se dirige precipitadamente á su padre.)

JUAN ¡Su hija aquí! ¡Maldición! (Arroja el puñal al suelo y se retira abrumado, con la cabeza entre las manos al primer término de la izquierda.)

ENR. ¡Pilar... tú... hija mía! (Se dirige á Pilar; pero no se puede mover, se lleva la mano al corazón y cae al suelo víctima de un repentino accidente.)

PILAR ¡Padre mío, padre del alma! ¡Muerto! (Le contempla rápidamente.) No hay duda, le ha matado. Vos el autor de la muerte de mi madre, el secuestrador y asesino de mi padre, sufriréis el castigo de la mano de la mujer que queríais deshonar. (Recoge con presteza el puñal del suelo. Se dirige á don Juan, y al volver ésto la cara para mirarla, lo hiere, arrojando el puñal.) ¡Ya estoy vengada! (Aparecen Antonio y Martínez al herir Pilar á don Juan.)

JUAN ¡Jesús! ¡Me has muerto! (Vacila y cae.)

MAR. ¡Qué horror!

ANT. ¿Qué has hecho, desgraciada?

PILAR ¡Ya lo ves! Vengar la muerte de mis padres y salvar nuestra honra.

JUAN (En la agonía.) Antonio, Joaquín tened compasión... (Acuden á él los dos. Pilar se dirige á su padre, que vuelve en sí y procura levantarse con la ayuda de ella.)

PILAR ¡Ah, vive, vive!... ¡Padre mío!...

ENR. Pilar...

JUAN Mi vida se acaba.

ANT. (Corriendo al lado de Enrique.) No está herido.

ENR. No. (Incorporándose.) ¿Qué veo? ¿Qué sangre es esa? ¿Has sido tú? (A Pilar.)

PILAR

Yo.

JUAN

(Incorporándose con el auxilio de Antonio y Martínez.) No digas que fuiste tú; diré que... he sido yo. Esta sangre me ha redimido.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, MANUEL, un NOTARIO y un ESCRIBIENTE

MAN.

Vengan ustedes pronto.

ANT.

Aquí está el notario. Llega tarde.

JUAN

Llega á tiempo para que levante acta de mis declaraciones. He puesto fin á mi existencia, aguijoneado por los remordimientos. (Se le acercan el notario y el escribiente, que tomará apuntes.)

ENR.

¿Qué dice?

PILAR

Dejad que acabe.

JUAN

Perdonadme, perdonadme todos...

PILAR

¡Padre mío!

ENR.

¡Hija de mi corazón! (Se abrazan.)

JUAN

(Con voz muy apagada.) Muero... sin herederos y lego todos... mis bienes á Pilar... á esa joven... (Haciendo un supremo esfuerzo para señalarla.) en premio de la virtud. (Cae exánime.)

NOTARIO

Ustedes firmarán como testigos. (A Manuel, Antonio y Martínez.)

ENR.

La venganza de los buenos se halla en la conciencia sobresaltada de los malos. Dichosos aquellos á quienes Dios les concede tiempo para que puedan lavar sus culpas con un sincero arrepentimiento. (Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.^a* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.